

ASUNTOS DE FAMILIA

Historias para Leer en Voz Alta acerca de
la Responsabilidad y la Autodisciplina

Andrea Schwartz

Derechos reservados

Andrea Schwartz

Chalcedon

PO Box 158

Vallecito, CA 95251

Todos los derechos reservados

ISBN 978-1-89-137560-6

Otros libros de Andrea Schwartz

Lecciones Aprendidas de Años en la Escuela en Casa
*Una Madre Cristiana Comparte Sus Puntos de Vista de un
Cuarto de Siglo de Enseñar a Sus Hijos*

La Vida de la Escuela en Casa
Descubriendo la Forma de Dios para la Educación Basada en la Familia

La Familia Bíblica Fideicomisaria
Entendiendo el Propósito de Dios para Tu Casa

Mujer de la Casa
El Rol de la Madre en la Construcción de una Cultura Cristiana

Enséñame Mientras que Mi Corazón es Tierno
Historias para Leer en Voz Alta acerca del Arrepentimiento y el Perdón

En la memoria amorosa de

Michael Sottile, Jr

(1987-2004)

2 Corintios 4:8-18

Contenido

UNA OFERTA MEJOR.....	1
En Contra de Su Mejor Juicio	4
La Carga de la Culpa.....	9
Un Adiós Difícil	13
El Embajador Calvo	18
La Historia de Michael.....	21
Acerca del Autor	22

UNA OFERTA MEJOR

Hunter corrió con su mamá con la gran noticia, “Miss Patti me quiere llevar al Museo de Vida Salvaje Lindsay un Sábado como regalo de cumpleaños y así ¡tú y mi Papi pueden tener un día para ustedes solos! Puedo ir, ¿o no? Mami”

La Sra. Faraday sonrió, “Claro que sí, Cariño. Escogeremos un Sábado cuando tu papá no trabaje.” Hunter corrió a encontrar a Miss Patti y la trajo a hablar con su mamá.

“Me dice Hunter que usted ha extendido una oferta muy generosa a nuestra familia. Muchas gracias. Mi esposo sólo tiene un fin de semana libre al mes y será muy grato planear un día especial.”

“Yo sé que no tienen parientes que vivan cerca y a mí me encantaría pasar tiempo con Hunter,” respondió ella. “Sólo díganme cuando y lo anoto en mi calendario.”

Esa noche el Sr. Faraday revisó su agenda y les informó que su próximo fin de semana libre era el tercer Sábado de Octubre. Hunter llamó a Miss Patti para ver si esa fecha estaría bien para ella. Y así fue. Hunter tomó un marcador rojo del cajón, corrió al calendario de la cocina y encerró en un círculo la fecha. Él también marcó todos los días previos.

“Entiendo porque encerraste en un círculo ese Sábado, pero ¿De qué sirve marcar todos los días antes de eso?” preguntó su papá riéndose.

“Yo quiero recordar emocionarme. Miss Patti dice que ellos tienen unas víboras realmente asombrosas y exhibiciones de insectos. Qué mal que no puedas venir también, pero tienes que salir con Mamá.”

Fue muy difícil para Hunter hablar acerca de cualquier otra cosa las siguientes dos semanas. Durante sus lecciones de escuela en casa, su mamá se enfocó en la vida salvaje que vería en el museo. No fue para nada difícil mantener su atención en el tema. Pero era difícil hacer que dejara esos libros y trabajara en otros temas. Cada vez que su mamá le decía que era tiempo de trabajar en su aritmética, él diría, “Pero, Mamá, ¡todo esto de la vida salvaje es educativo!”

El siguiente Domingo después de la iglesia, Hunter le dio a su mamá un sobre que su amiga Heather le entregó, era una invitación para su fiesta de cumpleaños. La Sra. Faraday lo metió en su bolsa y no pensó en él otra vez hasta que Hunter empezó a hablar de su regalo de cumpleaños por parte de Miss Patti. “Hunter, por favor toma mi bolsa y tráemela, olvidé leer la invitación de Heather.”

“Heather me dijo, Mamá, que va a haber un payaso en su fiesta,” le informó Hunter mientras que le ponía cerca la bolsa. “Por favor léela en voz alta.”

La Sra. Faraday leyó, “Ven a la fiesta de Heather. Sábado 16 de octubre de la 1:00-4:00 p.m.” Hunter saltó, tomó su marcador favorito y corrió al calendario para encerrar en un círculo la fecha.

“¡Oh, no!” dijo en un tono desilusionado. “Ahora, ¡No voy a poder ir al Museo de Vida Salvaje!”

“¿Es en la misma fecha?” preguntó su madre.

“Sí. Voy a tener que llamar a Miss Patti y decirle que no puedo ir.”

La Sra. Faraday se levantó y llevó a Hunter al sillón. “No vas a llamar a Miss Patti para decirle que no puedes ir. Simplemente tú no puedes ir a la fiesta de Heather.”

“Pero yo tengo que ir. La invitación dice ¡Ven a mi fiesta! Eso significa que yo *tengo* que ir.”

La Sra. Faraday sonrió, “No, eso sólo significa que ella te invitó. No es una orden.”

“Pero yo quiero ir a la fiesta. Yo puedo ir con Miss Patti en otro momento.”

La Sra. Faraday respiró profundamente. “Hunter, vas a tener que declinar la invitación a la fiesta de Heather. Obviamente, no puedes ir a ambos eventos y tú tienes que honrar el compromiso que hiciste con la Miss Patti.”

“Mamá, estoy seguro que ella entenderá. Además, Heather dice que para su quinto cumpleaños va a haber un payaso.”

La Sra. Faraday dijo, “Hunter, sería descortés y desconsiderado de tu parte cancelar tu cita con Miss Patti. ¿Cómo te sentirías si ella te llamara y te dijera que alguien la invitó a una fiesta y decidió ir en lugar de llevarte al museo como estaba planeado?”

Hunter mordió sus labios y contestó, “A mí no me gustaría mucho eso.”

La voz de su mamá se suavizó, “¿No debemos tratar a los demás como queremos que nos traten? ¿No memorizaste apenas un versículo de la Escritura que trata con eso?”

“Así que, todas las cosas que quieran que los hombres hagan con ustedes, así también hagan ustedes con ellos; porque esto es la ley y los profetas, Mateo 7:12,” Hunter lo recitó en voz muy baja.

“Te acuerdas del versículo, Hunter. Muy bien y has visto bien como aplica a esta situación.”

“Me gustaría poder hacer ambas cosas,” dijo en un tono esperanzador. Su mamá sólo lo miró. “Pero me imagino que eso no es posible ¿verdad?”

Esa noche la Miss Patti llamó para hablar con la Sra. Faraday. Ella había escuchado en la escuela dominical que la fiesta de Heather era el mismo día que habían planeado salir. Ella explicó que el único tiempo que tenía disponible por los siguientes dos meses era el dieciséis porque iba a estar viajando por negocios. Antes de que Patti pudiera explicar más, la Sra. Faraday la interrumpió. “Si, lo sé. De hecho, yo creo que a Hunter le gustaría hablar con usted.”

Hunter dijo, “Miss Patti, tengo muchas ganas de ir al Museo de Vida Salvaje contigo el próximo Sábado. He estado estudiando acerca de los animales y otras cosas y aún voy a llevar dinero para comprar recuerdos.”

“Pero Hunter, ¿te vas a perder la fiesta?”

“Sí, pero tú y yo hemos planeado esto por un tiempo y no creo que ellos me extrañen mucho en la fiesta,” añadió.

“Bueno, te veo el Sábado. Dile a tu mamá que la llamo después en la semana para quedar con la hora.” Con eso Hunter se despidió y caminó lentamente de regreso al comedor y tomó la invitación.

“¿Será que debo llamar a Heather y hacerle saber que no voy a ir a la fiesta?” preguntó.

“Si quieres, o yo podría llamar y hablar con la Sra. Stack si eso es más fácil.”

Hunter le dio un gran abrazo a su mamá. “Gracias, sí sería más fácil y gracias por ayudarme a hacer lo correcto, Mami.”

“De nada, Hunter. Sabes, vas a enfrentar muchas circunstancias como estas en la vida. Cumplir tu palabra y seguir adelante con tus compromisos no siempre son cosas fáciles de hacer. Sin embargo, si practicas cuando eres joven, se vuelve un hábito –hacer lo que es correcto – aún si recibes una oferta mejor.

“Ahora, ¿qué deberíamos hacer tu papá y yo el próximo Sábado mientras que tú y Miss Patti están en el museo?”

Hunter guiñó el ojo mientras respondía, “Bueno, ¡ustedes *podrían* ir a la fiesta de Heather!”

En Contra de Su Mejor Juicio

El Sr. y la Sra. Faraday estaban dando instrucciones de último minuto a su hijo antes de dejar el coche. “Hunter, asegúrate de que sabes dónde está Shannon todo el tiempo. Si se empieza a poner irritable, hazla que se acueste y se duerma. Esta cena para levantar fondos no debe acabar muy tarde. Vendremos a recogerles como a las 10.30.”

La mamá y el papá de Hunter iban a acompañar a otras cuatro parejas a una cena muy elegante. Él sabía que era elegante porque su papá tenía un traje y su mamá se veía particularmente hermosa en su vestido de flores nuevo. Mientras se abrían camino por el adoquín hacia la puerta de enfrente de la casa de los Devone, la familia Benoit caminaba por la entrada para los coches con su hija adolescente. Shayla Devone abrió la puerta y tenía una gran sonrisa en su rostro. “Hola, Sr. y Sra. Faraday. Hola Sr. y Sra. Benoit. Pasen. Mi Mamá y mi Papá ya casi están listos.”

Mientras que entraban el sonido de las pisadas hacía eco en toda la casa. Todos los seis hijos de los Devone estaban en casa, junto con sus dos primos, Greg y Peter Harper, cuyos padres también iban a ir a la cena. Para cuando los Benoit entraron a la casa, la Sra. Devone juntó a todos los niños en un lugar para darles instrucciones de último minuto.

“Bueno, Hannah, tú estás a cargo, pero debido a que vas a tener casa llena esta noche, Lucy no fue a trabajar para que te pueda ayudar,” dijo mientras que le daba a Lucy Benoit un gran abrazo. “Nosotros hicimos espagueti con albóndigas y hay suficiente para que todos coman doble.”

“Gretchen, en verdad que sabes cómo cocinar para un ejército, no cabe la menor duda,” bromeó el Sr. Faraday.

Todos los padres encontraron a sus respectivos hijos y les dieron abrazos mientras que los apuraba a salir de la casa el Sr. Devone quien seguía diciendo, “Vamos, vamos, no queremos llegar tarde.”

Hannah, Shayla y Lucy juntaron a todos los niños y empezaron a repartir el espagueti. Había tanto murmullo que era difícil escuchar. Los niños comieron a prisa y corrieron afuera a jugar. Hunter le pidió a Lucy que cuidara a Shannon, lo cual hizo con mucho gusto.

Las cosas estaban marchando bastante bien, hasta que Hannah le dijo a su hermano Gavin que necesitaba recoger los platos de la mesa y ponerlos en el lavavajillas. Debido a que él, Hunter y los dos primos estaban en medio de un juego cerrado de Monopoly, Gavin hizo como que no la escuchó. Ella suspirando profundamente y con un movimiento en los ojos se dio la media vuelta y dejó la habitación. Gavin sonrió y comentó “¡Siempre funciona!”

Una media hora más tarde, Hannah regresó a la habitación y apagó las luces “Oye, ¿qué haces?” gritó Gavin.

“Mamá y Papá van a regresar en más o menos cuarenta y cinco minutos. Es tiempo que hagas lo de los platos. Yo no lo voy a hacer por ti,” lo regañó Hannah. “Es mejor que te pongas a trabajar.”

Hunter, Greg y Peter se ofrecieron para ayudar a Gavin. Cuando entraron al comedor se dieron cuenta que nadie había tirado sus sobrantes de espagueti. Hunter vio los platos y comentó, “No creo que lo debas guardar a estas alturas. Probablemente ya no está bien.”

“No hay problema. Lo vamos a tirar en el bote de basura.” Con eso, Gavin tomó un montón de espagueti y se lo aventó a Greg, quien rápidamente tomó un poco y lo metió en la camisa de Peter. Hunter sonrió nerviosamente. Él realmente no creía que debería empezar a aventar la comida por todos lados, pero aun Hannah y Shayla se estaban riendo a estas alturas, así que decidió unirse a la diversión. Justo cuando él tomó una buena cantidad que llenó sus manos y se lo aventó a Gavin, Gavin se agachó y el espagueti pegó en la pared.

Todos se quedaron sin aliento. Shannon entró a la habitación y anunció, “¡Hunter va a estar en problemas!”

Justo en ese momento sonó el teléfono, era el Sr. Devone diciendo que la cena había terminado antes de lo esperado y que ya iban en camino de regreso. Todos empezaron a batallar y limpiar la mesa mientras que Hannah y Shayla tomaron unas toallas húmedas para limpiar la pared. Hunter estaba ayudando, pero la mancha no se quitaba. “Ten cuidado de no romper el papel tapiz,” una de las niñas advirtió. “Estamos en graves problemas, no lo puedo ni creer.”

Para cuando los adultos regresaron, la mesa había sido limpiada, el lavavajillas estaba funcionando y todos los niños estaban sentados en frente de la tele viendo un video. Uno de los padres preguntó que habían hecho durante la noche y todos estaban bastante ansiosos por reportar acerca del juego de Monopoly que los niños habían jugado y las películas que las niñas habían visto. Hunter estaba decididamente tranquilo. La Sra. Faraday les hizo un gesto a sus hijos para que recogieran sus cosas.

Hannah se acercó y le susurró algo al oído a su mamá. Por la cara de la Sra. Devone, la Sra. Faraday supo que algo no estaba bien. Poco después de que la historia de la pelea de espagueti fuera divulgada y cuando se preguntó quién había aventado el espagueti en la pared, las niñas dijeron, “Bueno, en realidad, Hunter fue el que la aventó.”

Los padres de Hunter estaban escandalizados. La Sra. Devone les dijo que no se preocuparan por eso, que ella estaba segura de poderlo resolver en la mañana. Todos se “despidieron” y de camino a casa en el coche de los Faraday, nadie decía una palabra. Cuando entraron a la casa, la Sra. Faraday acostó a Shannon en su cama y el Sr. Faraday le

dijo a Hunter que estaba muy cansado para discutir el asunto y que lo hablarían en la mañana.

Hunter no sabía que esperar, pero estaba agradecido de no tener que lidiar con la disciplina de sus padres hasta la mañana. No estaba seguro de si ellos estarían menos enojados para entonces, pero estaba contento de que la confrontación se retrasara.

La mañana siguiente durante el desayuno, el Sr. Faraday rompió el silencio. “Hunter, lo que hiciste anoche estuvo muy mal. No sólo porque dañaste la propiedad de los Devone, sino porque avergonzaste a tu madre y a mí. Cuando te dejamos ahí, imaginamos que podía ser Shannon la que tendría que ser mantenida en línea, ¡no tú!”

“Pero Papá, es que no entiendes,” respondió Hunter mientras que trataba de contener sus lágrimas. “No era el único aventando el espagueti.”

“Pero, tú fuiste el que lo aventó a la pared, ¿o no?” intervino su madre.

“Si, pero...”

“Sin peros, Hijo. ¿Qué estabas pensando?” preguntó su padre. “¿Cómo podías imaginarte que aventar la comida en la casa de los Devone era apropiado? ¿Te dejamos que actúes de esa forma aquí?”

“Pero, Papá, yo...”

“Hunter, estoy avergonzado de ti. Sólo estás empeorando las cosas al tratar de poner excusas,” interrumpió su madre. “Ted, ¿qué vamos a hacer al respecto?”

“Tranquila, Jenna. Vamos a dejar que Hunter responda a mi pregunta.”

“Los niños y yo acabábamos de terminar el juego de Monopoly y teníamos que recoger los platos porque le tocaba a Gavin. Él empezó todo y Greg y Peter se le unieron. Yo al principio pensé que era algo incorrecto, pero cuando todos se estaban riendo, sentí que estaba bien hacerlo. No imaginé que se saliera de control o en la pared. De verdad que no.”

El Sr. Faraday habló decididamente. “Yo te creo, hijo, pero tienes que admitir las cosas habrían sido mucho mejor si hubieras seguido tu primer instinto. ¿Qué de bueno es que tengas una consciencia informada si no le haces caso? Sólo porque otras personas hacen algo no es una razón para abandonar tus reglas de conducta.”

Hunter deseaba poder tener esos diez segundos de regreso. Deseaba que todo esto nunca hubiera pasado.

“Bueno, vas a tener que restituir, es todo lo que queda,” continuó su padre. “No sólo vas a llamar a los Devone y te vas a disculpar con ellos por tus acciones y les vas a pedir perdón, sino que también vas a necesitar reponer lo que hayas hecho.”

“¿Cómo se supone que haga eso? ¿Comprarles una pared nueva?” preguntó Hunter con toda seriedad.

“No, me imagino que a estas alturas ellos ya resolvieron lo de la mancha, pero ellos van a tener que repintarla. No lo puedo decir con certeza. De cualquier forma, le voy a dejar a tu mamá el descubrir cómo están las cosas y arreglar para ti el que vayas y hagas algún trabajo para la Sra. Devone para compensar el daño y su problema.”

A Hunter no le gustó como sonaba esto. Además no había sido el único que estaba mal. Los otros niños también aventaron espagueti.

La Sra. Faraday podía ver como esto le daba vueltas en la cabeza de su hijo. Ella lo conocía demasiado bien y sabía lo que estaba pensando. “A nosotros no nos importa lo que suceda con los otros niños. Tú eres nuestro hijo y vas a aprender de esta experiencia por medio de aplicar las leyes Bíblicas de la restitución. Tu papá puede mostrarte las referencias Bíblicas.”

El Sr. Faraday le pidió a Hunter que trajera la Biblia familiar del estudio. Juntos buscaron las referencias en el libro de Levítico y Números. Hunter escuchó a su papá describir como normalmente en una situación como esa alguien necesitaría pagar por los daños y después añadir un quinto del valor para compensar a la parte dañada por su problema. Él le explicó que su Mamá estaba en el teléfono con la Sra. Devone para determinar hasta qué punto era el daño.

La Sra. Faraday regresó de su llamada por teléfono con una sonrisa en la cara. “Gretchen dice que la mancha se quitó de la pared y que el tapiz no se rompió. Ella dijo que había algunas manchas en la alfombra y que Gavin ha estado trabajando en limpiarlas toda la mañana. Ella dice que comprende que no fuiste el único que estuvo involucrado.”

Hunter se sentía aliviado. “Yo creo que con eso se resuelve. Estoy contento de que esto se acabó.”

“No, Hunter, no se ha acabado. Tú vas a ir a pasar un día a la casa de los Devone para hacer algunos trabajos para la Sra. Devone. Vas a ir a restituir tu comportamiento y sus consecuencias. Tu mamá arreglará el llevarte ahí en algún momento de esta semana.”

El siguiente jueves, la Sra. Faraday dejó a Hunter en la casa de los Devone como a las diez de la mañana. Ella le había pedido a su amiga que le buscara trabajos que necesitaran ser atendidos y le pidiera a Hunter que los hiciera todos por sí mismo. Cuando llegó, la Sra. Devone tenía una lista preparada para él. Él tenía que lavar todas las ventanas de afuera de

la casa y cuando hubiera terminado tenía que lavar con la manguera los botes de basura y después la entrada de los coches. Él trabajó todo el día, sólo tomando un pequeño descanso para el almuerzo. Para cuando su padre lo recogió a las cinco, Hunter estaba exhausto.

De regreso a casa, su papá le preguntó, “Bueno, Hunter, ¿aprendiste algo hoy?” esperando que su hijo se hubiera beneficiado de la experiencia.

“Al principio estaba muy enojado, Papá. Especialmente cuando vi a Gavin viendo la televisión mientras que yo estaba trabajando. Pero después, de cierta forma me metí en el lavado de las ventanas. Fue bastante emocionante estar en la escalera y usar ese jalador de goma. Deje de estar enojado y empecé a pensar en por qué la ley de Dios incluye la restitución. Habría sido más fácil simplemente decir que lo sentía y pedir que me perdonaran. Pero mientras trabajaba estuve pensando en lo que dijiste y de cómo debía haber seguido mi juicio inicial. Mis brazos realmente me duelen. No creo que me vaya a apresurar a hacer algo similar otra vez.”

El Sr. Faraday sonrió. “Esa es la ley de Dios en acción, Hunter. Sabes que vas a recordar esto bien hasta la adultez porque aprendiste que tus acciones te cuestan algo, Yo realmente estoy orgulloso de ti, hijo. A propósito, esta historia me recuerda de un incidente que sucedió cuando yo era tan sólo un poco más grande que tú, cuando mi hermano y yo...” Cuando él estaba a punto de terminar su oración, fue interrumpido por el sonido de Hunter roncando.

La Carga de la Culpa

Shannon sostenía la mano de su madre mientras que estaban de pie en la fila para pagar en la tienda de abarrotes. Ella estaba escuchando detenidamente la conversación que ocurría en el mostrador de servicio al cliente. El gerente de la tienda, con una apariencia severa en su rostro, estaba en el teléfono mientras que un empleado se encontraba junto sosteniendo el brazo de un niño alto.

“Deja de estar viendo, Shannon,” su madre le susurró. “Él está bastante avergonzado como para que lo estés viendo.”

La Sra. Faraday sostenía la mano de Shannon mientras que salían de la tienda empujando al mismo tiempo el carrito de las compras hacia su coche. “Ese niño parece que es un problema, Mami. ¿Verdad?”

“Me temo que sí. Por lo que pude escuchar, él y un grupo de otros niños estaban tomando cosas de la tienda. Los otros huyeron. Él es el único que atraparon.”

Shannon se veía perpleja. “Yo no vi que tomara nada y no tenía nada en sus manos. Además, ¿no tomamos nosotros cosas de los estantes cuando las ponemos en el carrito?”

“Cariño, la expresión de tomar cosas también se usa para robar. El niño estaba tomando artículos de los estantes de la tienda y se los estaba comiendo sin tener nunca la intención de pagarlos. Lo que creo es que el gerente estaba hablando por teléfono con la policía o si el muchacho tiene suerte, con sus padres.”

“¿Lo van a meter a la cárcel?” preguntó Shannon.

“No creo, pero seguro van a tratar de asustarlo lo suficiente como para que no vuelva a robar.”

Shannon estaba muy callada en el coche de regreso a casa. Después de estacionar el coche en la cochera, su madre metió las bolsas a la casa y Shannon la ayudó a acomodar los comestibles. Ella sacó una caja de curitas y le preguntó a su mamá donde quería que las pusiera. La Sra. Faraday dio un gran suspiro. Ella se veía triste. A Shannon no le gustaba cuando su madre estaba triste.

“¿Qué sucede, Mami? ¿Hice algo malo?”

“No, Cariño,” respondió la Sra. Faraday con una mirada perdida. “Sólo me acordé de algo que pasó hace mucho tiempo cuando era pequeña.”

“¿Fue malo?” preguntó Shannon quien para ese momento se había subido a una silla de la cocina.

“Sí, fue malo. Esta caja de curitas me recordó algo que sucedió cuando yo tenía como ocho años de edad.”

“¿Qué pasó?” preguntó Shannon.

“Tu Tía Gerty y yo estábamos en una tienda de abarrotes un día. Tu abuela, nuestra mamá, nos dijo que podíamos ir a ver la sección de libros. En ese entonces las tiendas de abarrotes no eran como son ahora. Estas eran mucho más chicas y había un librero cerca del fondo de la tienda. A Gerty y a mí nos gustaba ver los libros de historias.

“Había un libro llamado *La Enfermera Nancy al Rescate* que era una historia acerca de una enfermera que siempre estaba preparada para ayudar a la gente cuando se raspaban las rodillas. En la parte de atrás del libro había curitas de verdad. Cuando yo era niña me gustaba como olían los curitas y algunas veces fingía que tenía una cortada para que me dieran uno. Yo tuve la gran idea de quitar los curitas del libro para tenerlos en mi escuela por si acaso alguien se caía en el patio de juegos durante el receso.”

“Eso suena como algo bueno,” dijo Shannon mientras que su mamá se sentaba a la mesa de la cocina.

“Seguro, suena muy bien, pero la verdad es que sólo quería curitas para mí sin tener que pedirlos. Nosotros teníamos muchos en la casa, pero mis padres no me dejaban que los mal gastara. Así que inventé una forma de obtener mi propio suministro. Yo sabía que mi mamá no me compraría el libro así que decidí que tomaría los curitas de todos los libros.”

“¿Quieres decir que planeaste tomarlos sin pagar? ¡Eso es robar, Mami!” los ojos de Shannon se abrieron muy grandes.

“Fue peor que eso, Cariño. Yo convencí a Gerty que me debería ayudar a quitar los curitas de todos los doce libros que estaban en el librero. Ella sólo tenía cinco años en ese entonces y como yo le dije que eso estaba bien, ella simplemente me siguió la corriente.”

“¿Se metieron en problemas?”

“Bueno, no exactamente. Cuando ya íbamos a salir, mi madre vio que Gerty tenía un curita en su mano. Mi Mamá sabía que ella no tenía uno antes de que entráramos a la tienda y le pregunto de ese.”

“¿Y tú le dijiste?” interrumpió Shannon.

“¿Pensé que querías escuchar la historia?”

“Si quiero, Mami.”

“Entonces déjame terminarla.”

“Bueno y ¿qué pasó?”

La Sra. Faraday sonrió. “Bueno, Gerty se puso muy nerviosa y sólo le dijo a mi Mamá que ella lo había tomado de los libros. Mi madre estaba muy enojada y la hizo ir con el gerente de la tienda y confesar. Gerty se metió en problemas, pero lo más extraño es que ella no les dijo que yo también había tomado unos.”

Shannon puso su mano sobre su boca y susurró, “Mami, ¿no te atraparon?”

“No, pero me sentí completamente culpable y cuando llegué a casa me fui derecho a la recámara de mi hermano y tiré todos los curitas detrás de su radiador creyendo que nadie los encontraría ahí nunca. Yo estuve esperando toda la noche que Gerty dijera algo, pero ella nunca lo hizo.”

“¿La dejaste culparse por algo que tú le dijiste que hiciera?” preguntó Shannon, casi avergonzada de su madre.

“Me temo que sí. Yo me sentí tan culpable, traté de convencerme que sólo era un malentendido y que Gerty se recuperaría de eso. Todo este asunto me incomodó un par de días, pero mientras fue pasando el tiempo el incidente se desapareció de mi mente y me olvidé de todo.”

Shannon se rascó la cabeza y preguntó, “¿Eso es todo? ¿Esa es toda la historia?”

“No exactamente. Un mes después Paul estaba limpiando su cuarto y encontró los curitas detrás del radiador. Él ató cabos y se dio cuenta de lo que había pasado. Él me llamó a su cuarto y me dijo que yo iba a tener que limpiar los zapatos de Papá (lo que era su trabajo) y lavar los platos de la cena por el resto de la semana. Yo le dije que estaba loco y entonces me mostró todos los curitas. Con una gran sonrisa en su rostro dijo, ‘Si no lo haces, ¿adivina quién va a estar en problemas?’”

“Bueno yo hice sus trabajos durante un par de días hasta que mi madre empezó a sospechar. Ella sabía que yo no estaría haciendo sus labores a menos que algo raro estuviera pasando. Finalmente, ella lo acorraló y él le contó todo, aun fingiendo que él estaba haciendo todo esto para enseñarme una lección.”

“Apuesto a que te metiste en problemas por robar, ¿no?” preguntó Shannon.

“Sorprendentemente, eso no fue lo que hizo que mi madre y mi padre se enojaran. Ellos no estaban contentos de que hubiera robado en la tienda, pero ellos estaban más preocupados de que hubiera dejado que Gerty se echara la culpa por algo que yo había hecho también. Y ellos estaban enojados de que hubiera escondido la evidencia y de que estaba dejando que Paul me chantajeara. Esa noche ambos nos metimos en problemas. Pero Paul tuvo más problemas que yo.”

Shannon interrumpió, “Pero, ¿por qué? Él no robó nada – ¡fuiste tú!”

Papá y Mamá nos explicaron que lo que él había hecho era peor, si te lo puedes imaginar, porque lo que él hizo era trastornar la justicia. Él debería de haberles dicho cuando encontró los objetos robados en lugar de usar esa información para que yo hiciera su trabajo. Lo que él hizo era desafiar la autoridad de la familia al ocultar el asunto y usarlo en mi contra. La Biblia nos dice que no tengamos nada que ver con las obras de las tinieblas, sino que las exponamos. Paul debió haber expuesto mi pecado y dejar que mis padres lo trataran conmigo.”

La mente de Shannon regresó al niño de la tienda. “Así que aunque el niño de la tienda de abarrotes fue atrapado, probablemente él está mejor ahora que los niños que escaparon.”

“¡Qué niña tan inteligente!” Es mejor ser corregido y arrepentirse, que esconder tu pecado y vivir con la culpa.”

“¿Te perdonó la Tía Gerty alguna vez?” preguntó Shannon.

“Realmente no me acuerdo mucho más de toda la situación, Shannon. Lo que sí recuerdo es como me comía la culpa. Pasé tanto tiempo durante esos días preguntándome si alguna vez me iban a atrapar. Lo curioso es que cargar esa culpa era mucho peor que el que la verdad fuera revelada. No me acuerdo cuál fue mi castigo, pero sí me acuerdo que horrible me sentí hasta que todo fue expuesto.”

Shannon se subió a las piernas de su madre y le dio un gran beso en la mejilla. “¿Por qué es eso?” preguntó la Sra. Faraday.

“Yo espero que el niño de la tienda tenga una mamá que es tan cariñosa como tú. ¿Qué te parece si pongo estos curitas en el armario de las medicinas?” Shannon se fue saltando por el pasillo tarareando su himno favorito, “Gracia Asombrosa.”

Un Adiós Difícil

Desde que Kenzie se puede acordar ella tenía una perrita; Sierra era su compañía constante. Cuando Kenzie tenía como seis años de edad, su hermana mayor, Shannon, convenció a sus padres de dejarla comprar una cachorrito a la que llamó Annie. Ambas hermanas disfrutaron crear una carrera de obstáculos y correr con sus perritas pretendiendo que eran los entrenadores en las competencias de agilidad canina.

Las dos perritas no podían ser más diferentes. Sierra era una Golden retriever y simplemente le gustaba complacer. La broma en la familia era que si alguna vez alguien se metía a robar cuando ellos no estuvieran, el intruso le tendría que hablar amablemente a Sierra y ella gustosamente lo acompañaría a casa. Annie era obstinada y tenía muy pocas ganas de hacer a alguien feliz. Muchas veces el Sr. y la Sra. Faraday lamentaban el día en que accedieron a permitir que Shannon tuviera un cachorro. Pero en realidad, todos amaban a Annie, aunque ella pudiera ser difícil.

Cuando Kenzie creció y su vida se volvió más ocupada, la mayor parte del tiempo que pasaba con las perras era cuando los alimentaba, les limpiaba o los ponía en su lugar para dormir. Ellas siempre estaban cerca de la puerta corrediza cerca de la habitación familiar moviendo sus colas cuando ella regresaba de su clase de piano, su práctica de golf o de la iglesia los domingos. Algunas veces ella las tenía en su cuarto mientras que hacía su trabajo de la escuela durante el día.

Cuando Kenzie iba a los torneos de golf con su mamá, su papá siempre les daba un reporte de cómo estaban las perras. Él bromearía y le preguntaría que había cenado para poderle decir a las perras. Una vez que Kenzie regresó a casa después de casi una semana de estar fuera, Sierra estaba tan emocionada de verla que saltó y le pegó a Kenzie en la nariz, provocándole una hemorragia. La Sra. Faraday regañó a la perra, pero Kenzie no estaba enojada. Aunque le dolía la nariz, estaba contenta de ver cuánto la había extrañado su perrita.

Kenzie era mucho menor que su hermano mayor y su hermana y estaba muy contenta con sus dos perritas como amigas cuando su hermana se mudó de la casa. La familia Faraday, que llegó a cinco miembros después de que ella nació, ahora había disminuido a tres. Kenzie extrañaba mucho a su hermana mayor y tenía que acostumbrarse a ser la “única hija.”

Un día el jardinero dejó la reja abierta y tanto Annie como Sierra se escaparon del patio. Kenzie y su mamá estaban en el curso de práctica de golf como a media hora de ahí. El celular de la Sra. Faraday sonó, era de la oficina del veterinario. Dos mujeres habían encontrado a las perras que habían corrido al parque local para perros. Ellas llamaron a la oficina del veterinario porque Sierra llevaba una placa con el número del teléfono del veterinario. Ellas le reportaron a la recepcionista que aunque ellas habían visto a dos perras

(un Golden retriever y una perrita blanco pequeña) corriendo juntas, la blanca no les hizo caso y huyó cuando trataron de acorralarla.

Inmediatamente la Sra. Faraday y Kenzie juntaron el equipo de golf y se apresuraron a ir al coche. Kenzie llamó y les preguntó a las mujeres si les esperarían en el parque para perros hasta que ellas llegaran. Debido a que Sierra estaba en buenas manos, la Sra. Faraday decidió recorrer primero el vecindario para ver si podían ver a Annie. Todo el camino de regreso Kenzie oró en voz alta, “Por favor, Dios, ayúdanos a encontrar a Annie y que esté bien.” Cuando dieron la vuelta en su calle, ahí estaba su pequeña perra blanca corriendo en sentido contrario. No tomó mucho tiempo para que Kenzie saltara del coche, llamara a Annie y recuperara a la perra en medio de lágrimas, abrazos y muchas gracias a Dios.

Ellas llegaron al parque para perros en cuestión de minutos. Una y otra vez la Sra. Faraday le agradeció a las mujeres por ser tan amables y consideradas. “Nosotras también somos dueñas de perros,” dijeron. “Nos gustaría que alguien hiciera lo mismo por nuestros perros.”

“Mamá, ¿cómo sabían las perras irse al parque para perros? ¿Crees que de alguna manera sabían dónde estaban otros perros?” preguntó Kenzie.

La Sra. Faraday, un poco sin aliento y cansada del estrés de pensar acerca de que podía haber pasado, contestó “Yo creo que sus instintos dados por Dios actuaron y ellas tuvieron ese sentir de ir en la dirección correcta. No sé si es su sentido del olfato o del oído, pero definitivamente fueron al lugar correcto.”

Esa noche Kenzie le contó a su padre la historia a detalle. Ella estaba muy emocionada repitiendo cuán asustada estaba y de todas las cosas horribles que pasaron por su mente en el coche mientras regresaban a casa. “Yo pensé que nunca más volveríamos a ver a Annie. Yo tenía tanto miedo. Y ¿qué si esto vuelve a pasar? ¡Sabemos que ella no escucha muy bien y la próxima vez puede ser que no tengamos tanta suerte!”

El Sr. Faraday llamó al jardinero y le pidió que tuviera cuidado de cerrar la reja después de cortar el pasto cada Martes. Él le aseguró a su hija, “Kenzie, Manuel me pidió que te dijera que siente mucho lo que sucedió y promete que no va a volver a pasar otra vez.”

Kenzie después de eso, nunca más volvió a tomar como un hecho tener a sus perras. Cada vez que necesitaban ir al veterinario, ella siempre las acompañaba, las cuidaba cuando se lastimaban o estaban enfermas. Al pasar los años y su agenda estar más ocupada de forma que tenía menos tiempo libre, ella siempre se aseguró de que ambas recibieran mucho amor antes de acostarlas. Debido a que ella las veía todos los días, nunca notó realmente que ellas habían envejecido. Sierra, la Golden retriever, ahora con su cara blanca por la edad estaba casi completamente sorda. Annie, aunque era unos años más joven, tenía muchos tumores que desfiguraban su cara, no oía para nada mejor que lo que lo había hecho en años anteriores. Pero sus enfermedades nunca disminuyeron el amor de Kenzie por sus perritas.

Una mañana mientras que Kenzie le daba de comer a sus perritas, noto sangre saliendo de la boca de Sierra. El veterinario la había preparado para lo que podía pasar. Él le dijo que Sierra a los trece años de edad había vivido más de lo esperado para su raza y que el cáncer que tenía eventualmente se manifestaría con hemorragias. Kenzie no quería pensar en su vida sin la perrita. Ella se la pasaba diciéndose que Sierra todavía tenía muchos años más por vivir. Pero su mamá le dijo directamente, “Es tiempo de que consideremos seriamente el decirle adiós.”

Kenzie empezó a llorar. Su papá, quien no fue a trabajar ese día, puso sus brazos alrededor de su hija y le dijo, “Ven vamos a llevar a las perritas a dar un paseo.” Juntos les pusieron las correas a las perritas y salieron de la casa. La Sra. Faraday con lágrimas observaba desde la ventana de la cocina. Kenzie trataba de convencerse a sí misma de que su mamá estaba equivocada. Ahora, no era el tiempo para decir adiós.

Ellos caminaron hacia el parque para perros, a donde las perritas habían corrido años atrás. Ahí había muchos perros ese día. En lugar de entrar, ellos permanecieron afuera de la cerca de metal. De repente, todos los perros adentro de la cerca se acercaron y empezaron a tallar su nariz con Sierra. El Sr. Faraday comentó, “Es como si supieran que ella está muy enferma.” Mientras caminaban de regreso, el Sr. Faraday notó que Sierra seguía jalando la correa tratando de salirse del camino. “Kenzie, ¿ves lo que está haciendo? Los perros hacen eso cuando quieren encontrar un lugar para morir. Esto pasó con uno de mis perros una vez.”

Kenzie miró a su papá, “¿Crees que ellos le estaban diciendo adiós a ella?” El Sr., Faraday asentó con la cabeza, las lágrimas corrían por su rostro. Todo el camino de regreso, Sierra camino orgullosamente, como si ella acabara de recibir un gran honor de parte de los otros perros. La Sra. Faraday estaba esperando en la puerta de enfrente. “Mami, creo que debemos de llamar al albergue de animales. Sierra sabe que es tiempo de irse,” Kenzie dijo tratando de actuar valientemente. La Sra. Faraday besó a su hija y miró a su esposo, agradecida de que él hubiera hecho esa caminata de despedida con su hija.

Cuando llegaron al albergue, el Sr. Faraday llenó unos papeles; ellos decidieron que los tres acompañarían a Sierra hasta la muerte. Kenzie todavía tenía el sentir de que ellos estaban actuando prematuramente. El técnico fue muy considerado y les explicó todo el procedimiento, haciéndoles saber que podían esperar. Había una paz que llenó el cuarto mientras que ellos dijeron su último adiós. Así como se les había explicado, Sierra parecía como si se acabara de dormir después de que le dieron el sedante. Entonces el Técnico inyectó a la perra con la medicina que pararía su corazón. Todo pareció suceder muy rápido. Kenzie sintió como si no hubiera tenido suficiente tiempo para realmente decir su último adiós.

De regreso a casa, el silencio llenó el coche mientras que cada miembro de la familia lidiaba con su pena individualmente. Finalmente, el Sr. Faraday dijo, “Estoy agradecido de

que Dios nos haya dado a Sierra por todo el tiempo que Él lo hizo. Ella realmente fue una buena perra.”

Kenzie respiró profundamente. “Yo realmente estoy preocupada por Annie. Creo que ella va a extrañar a Sierra mucho. Qué pasaría si...”

Su mamá la interrumpió. “No pensemos en eso ahora.” Pero Kenzie no podía dejar de pensar en eso. Annie tenía de por sí serios problemas de salud, sin mencionar los de comportamiento. Sierra había ayudado a hacer a Annie manejable. ¿Qué pasaría con ella ahora? Kenzie estaba determinada a amarla lo suficiente como para mantenerla viva.

En el lapso de dos semanas, era obvio que Annie estaba deteriorando rápidamente. Extrañar a su “hermana mayor” era más de lo que podía soportar. Ella se la pasaba excarvando por todos lados – afuera en el pasto y adentro en la alfombra – como si estuviera buscando a su amiga. Su comportamiento era tan errático que aun Kenzie no podía seguir ignorándolo. Después de mucha angustia Kenzie llegó al punto en el que estaba lista para decirle adiós a Annie.

Ella y su papá repitieron el viaje que habían hecho dos semanas antes, dejando a la Sra. Faraday en la casa. Manejando por la autopista, el Sr. Faraday se preguntaba cómo decirle a su hija que él creía que no era buena idea que ellos estuvieran en el cuarto con Annie como lo habían estado con Sierra. Cuando finalmente sacó el tema, Kenzie reaccionó, “Pero, Papá, ella necesita tenerme ahí.”

El Sr. Faraday le explicó que el temperamento de Annie, tan diferente al de Sierra podía hacer la experiencia más difícil. Kenzie quería luchar para cambiar la forma de pensar de su papá, pero se sometió a sus deseos. La espera pareció interminable. ¿Qué podía estar tomando tanto tiempo?

Finalmente, el joven del albergue salió y se disculpó. Él dijo que nunca había visto algo parecido. Annie simplemente no se acostaba. Sin importar cuanto sedante le había dado, ella continuaba de pie. El Sr. Faraday y Kenzie se vieron uno al otro sabiendo que la personalidad de Annie había permanecido fiel hasta el final – necesidad. El técnico les permitió entrar al cuarto y ellos la pudieron ver recostada, su cuerpo todavía en espasmo de la inyección aunque su corazón había dejado de latir. Aunque triste, Kenzie estaba aliviada de saber que todo había terminado.

Días, semanas y meses pasaron antes de que Kenzie pudiera pensar en sus perritas sin sentirse triste. Las palabras de su madre del capítulo tres del libro de Eclesiastés seguían dando vueltas en su mente mientras que pensaba en Sierra y en Annie:

Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora.

Tiempo de nacer, y tiempo de morir;

Tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado;

Tiempo de matar, y tiempo de curar;
Tiempo de destruir, y tiempo de edificar;
Tiempo de llorar, y tiempo de reír;
Tiempo de endechar, y tiempo de bailar;
Tiempo de esparcir piedras, y tiempo de juntar piedras;
Tiempo de abrazar, y tiempo de abstenerse de abrazar;
Tiempo de buscar, y tiempo de perder; tiempo de guardar, y tiempo de desechar;
Tiempo de romper, y tiempo de coser; tiempo de callar, y tiempo de hablar;
Tiempo de amar, y tiempo de aborrecer; tiempo de guerra, y tiempo de paz.

En el primer aniversario de la muerte de Sierra, Kenzie estaba platicando con su mamá. El dolor de la pérdida era menos ahora y ambas tuvieron un tiempo de buenas carcajadas recordando historias divertidas acerca de las perritas. Kenzie se dio cuenta que vendrían tiempos de tristeza en su vida cuando la gente que ella amaba se moriría. Ella estaba agradecida de que la muerte física no era el fin de aquellos que vivieron para Jesús. Ella se preguntaba si las perritas estarían en el cielo, pero decidió que como la Biblia no habla de eso ella no gastaría mucho tiempo pensando en ello. Ella sabía que podía confiar que el mismo Dios que le había dado para amar a sus dos animales tan especiales, es quien guarda Sus promesas.

Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.

El Embajador Calvo

Kenzie estaba preparando el desayuno cuando su mamá regresó del cuarto de lavado. “¿Sabes qué día es hoy?”

La Sra. Faraday, apenas prestando atención, contestó, “Es Martes.”

“No, eso no fue lo que quise decir, Mamá. ¿Te acuerdas que hoy es el cumpleaños de Michael? El habría cumplido veintitrés años de edad.”

La Sra. Faraday se quedó mirando a lo lejos. Kenzie sabía que eso significaba que su mamá estaba sumida en sus pensamientos. “No, no me había acordado. Sabes que no soy alguien que se acuerda de los cumpleaños. Pero, si recuerdo el primer día en que lo conocimos.”

Kenzie ya había escuchado esta historia, pero disfrutaba escucharla otra vez cuando fuera que el tema de Michael surgiera. “Yo tenía tan sólo tres años de edad cuando conocimos a Michael. Todavía me acuerdo muy bien de cómo se veía cuando estaba calvo. Aunque él era mucho más grande, estábamos casi de la misma estatura y la diferencia de edad nunca parecía tanta.”

La Sra. Faraday añadió, “Él era más de la edad de Shannon que tuya.” Kenzie repartió la avena y se sentaron en la mesa de la cocina a desayunar.

“Es difícil creer que un encuentro al azar fuera el inicio de una amistad cercana entre nuestras familias,” Kenzie dijo, esperando que su comentario estimulara a su mamá a compartir la historia otra vez.

“Se le llama Providencia, Cariño. No hubo nada de azar en esto. De hecho, debido a que he relatado esa historia en pláticas que he dado, he llegado a apreciar qué tan importante fue en realidad ese evento.”

“¿De qué forma?” preguntó Kenzie.

“Yo había estado muy enferma ese otoño y había pasado mucho tiempo en cama, estaba tan cansada de estar enferma. Me ofrecí como voluntaria para buscar lugares para la presentación del coro de escuela en casa. Yo hice la mayoría de las llamadas meses antes y tenía alineadas varias locaciones y fechas para la presentación. Debido a que nuestros buenos amigos, los Martins, habían sido tratados tan bien en la casa de Ronald McDonald cuando su hija había nacido prematuramente, pensé que podría programar una de las presentaciones del coro en la casa de Ronald McDonald cercana a nosotros.”

La Sra. Faraday se rió. “Probablemente tú no te acuerdas, pero mucho después de que ya estaba mejor, mi tos todavía sonaba horrible. Yo no estaba segura si debía ir a la presentación – no porque fuera contagioso, pero porque tenía miedo que mi tos interrumpiera el canto.”

“Recuerdo ese día,” interrumpió Kenzie. “Me dejaste en casa con Hunter. Yo realmente quería ir, pero dijiste que debía quedarme en casa porque sería difícil cuidarme.”

La Sra. Faraday continuó, “Tomé gotas para la tos y Shannon y yo nos reunimos con los otros miembros del coro en la casa de Ronald McDonald ese jueves en la tarde. Durante toda la presentación pude ver a una mujer sentada junto a un niño con su gorra en la cabeza y un tapabocas cubriendo su nariz y su boca. Él obviamente era un paciente con cáncer. Con cada villancico que el coro cantó, más lágrimas corrían por el rostro de la mujer. Yo tenía este sentir extraño de que Dios quería que yo hablara con ella, pero yo no podía atravesar caminando el patio a la mitad de las canciones.”

“Cuando la presentación iba a terminar, decidí ponerme donde seguramente ella saldría. Por supuesto que no me esperaba que Ronald McDonald y Santa Claus en un trineo con renos vivos me bloquearan el camino. De repente, había cientos de personas y estaba convencida de que no iba a poder hacer lo que Dios me había encargado hacer.”

Kenzie podía apreciar partes de la historia que se le habían pasado por alto cuando era más joven. “Mamá, ¿en verdad escuchaste la voz de Dios?”

“Con sinceridad te puedo decir que si y no exactamente.” Esto era como oír Su voz, pero era más como una urgencia dentro de mí. Sabía que esto no estaba llegando a esta conclusión por mí misma, porque en realidad no quería hablar mucho y empezar a toser.”

Kenzie la interrumpió, “Me encanta la parte donde finalmente la conoces y le dices bruscamente, ‘Dios quiere que hable contigo.’”

“Yo pensé que era una forma ridícula de presentarme, pero ella sonrió como si esto no fuera para nada algo inusual.”

Kenzie terminó su desayuno y lavó los trastes mientras que su mamá retomó el lavar la ropa. Ella se fue a su cuarto, sacó su álbum de fotos y encontró fotos de ella con Michael. Ella recordó las historias que su mamá le contaba de cuando Michael tuvo un tiempo difícil con la quimioterapia para su linfoma de No-Hodgkin. También recordó la historia acerca de la plática de corazón a corazón que su mamá tuvo con Michael una vez cuando él estaba siendo muy desobediente.

Michael tenía que tomar muchas medicinas, algunas de las cuales lo hacían agitarse mucho. Su mamá muchas veces le decía a la Sra. Faraday qué tan difícil era cuando él se portaba mal. Ella no se atrevía a disciplinar a un niño que había pasado por tantas cosas. Una vez él se había enojado tanto que había golpeado con su pie la guantera del coche rentado y lo había dañado. Su ofensa más grave era perseguir a su mamá por todo el departamento rentado con un cuchillo. Después de esto fue que la mamá de Michael le pidió a la Sra. Faraday un poco de ayuda.

La mamá de Kenzie fue a visitarlos al día siguiente. Ella pidió que la dejaran a solas con Michael. La Sra. Faraday sentó a Michael y le puso una Biblia en sus manos. “Quiero que me leas el Quinto Mandamiento.”

“Ay, yo no necesito leer esto,” dijo él. “Me lo sé de memoria.”

La Sra. Faraday le repitió, “No, yo quiero que me lo leas.”

Michael siempre se ponía feliz de poder demostrar que tan bien podía leer. “Honra a tu padre y a tu madre: para que tus días se alarguen en la tierra que el Señor tu Dios te da.”

“Entonces, Michael,” ella continuó, “Yo pensé que tú estabas ansioso porque Dios te sanara del cáncer.”

“Claro que lo estoy. Yo oro por eso todos los días.”

“Lee la Escritura para mi otra vez, ¿podrías hacerlo?” La Sra. Faraday estaba determinada a dejar algo en claro.

“Está bien. Honra a tu padre y a tu madre. Ya lo leí otra vez.”

“Continúa.”

“Michael suspiro, “para que tus días se alarguen en la tierra que el Señor tu Dios te da.”

“Repite la última parte, por favor.”

Michael cerró la Biblia y contestó, “para que tus días se alarguen en la tierra que el Señor tu Dios te da.”

“Michael, ¿te das cuenta que cuando desobedeces a tu mamá y no te controlas y te enojas y rompes cosas y la persigues con un cuchillo no la estás honrando?”

Michael asintió con su cabeza.

“¿Comprendes que si tú realmente estás orando para que Dios te sane, estás trabajando en contra de tus propias oraciones al fallar en honrarla y obedecerla?”

La quijada de Michael se abrió. “Nunca había pensado en esto de esa forma antes. Yo sí quiero que Dios me sane. Peo algunas veces las medicinas me hacen actuar locamente.”

La Sra. Faraday respiró profundamente. “Necesitas disciplinarte a ti mismo para vencer los efectos de la medicina. Dios ha prometido no darte nada que Él no te de la gracia para manejar. Si tú le crees, serás capaz de resistir la tentación de portarte mal.”

Michael sonrió. A él le gustaba la idea de que Dios podría mantener Su promesa y ayudarlo a portarse bien. La Sra. Faraday continuó, “No es un accidente que tengas cáncer. No sé por qué Dios lo haya ordenado, pero Él lo ha hecho. Tu trabajo es responder de manera obediente. Sabes, la Biblia dice que tú eres un embajador de Jesucristo. Si no fuera por el cáncer, no podrías ser un testigo para Él aquí en el Hospital para Niños de Packard.”

“¡Yo soy un embajador!” A Michael le gustaba como sonaba eso.

Por el resto del tiempo que él y su mamá estuvieron en California terminando los tratamientos de quimioterapia, Michael tomó su rol de embajador para Cristo muy seriamente. Cuando él estaba esperando para un tratamiento o una biopsia, consolaba a otros en la sala de espera, compartiendo sin vergüenza con ellos el Evangelio de Jesucristo.

Una vez cuando lo iban a anestesiar, les dijo a los doctores que esperaba que ellos conocieran a Jesús y que a le daría mucho gusto platicarles acerca de Él cuando se despertara. Su madre notó que ella nunca más tuvo problemas de comportamiento con él después de eso.

Kenzie puso todos los álbumes de fotos en su lugar y fue a buscar a su mamá, quien estaba pagando algunas cuentas en su escritorio. Ella se acercó por detrás de ella y le puso sus brazos alrededor. La Sra. Faraday estaba sorprendida y agradecida por la muestra de cariño. “¿Qué pasa?”

“Qué te parece si vamos a la casa de Ronald McDonald pronto y canto para las familias ahí – en honor de Michael. Quizás yo no este clava, pero seguro puedo ser un embajador.”

La Historia de Michael

Durante la corta vida de Michael Sottile, él tuvo varias enfermedades: un corazón enfermo que requirió de uno nuevo; el diagnóstico de cáncer por el cual recibió quimioterapia durante catorce meses; dos infartos cerebrales, uno provocó que su cara se paralizara y el otro lo dejó cojeando; y finalmente un problema en la sangre que le abrió la puerta del cielo.

Michael consideraba una bendición haber tenido estas cuatro enfermedades ¿Por qué? Porque esto le permitió relacionarse con otros en necesidad en cuatro niveles, en vez de nada más en un nivel. Él había descubierto el propósito para su vida. Esto le dio el gran gozo de poder decirles a otros que puede haber paz en medio de sus sufrimientos.

Michael murió a la edad de 16 años. Su versículo favorito está inscrito en su lápida – 2 Corintios 4:8-18 que dice:

“que estamos atribulados en todo, pero no angustiados; en apuros, pero no desesperados; perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no destruidos. Dondequiera que vamos, llevamos siempre en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos, pues nosotros, que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida.

Pero teniendo el mismo espíritu de fe, conforme a lo que está escrito: «Creí, por lo cual hablé», nosotros también creemos, por lo cual también hablamos. Y sabemos que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con ustedes. Todas estas cosas padecemos por amor a ustedes, para que abundando la gracia por medio de muchos, la acción de gracias sobreabunde para gloria de Dios.

Por tanto, no desmayamos; antes, aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día, pues esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven, pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.

Acerca del Autor

Andrea Schwartz ha escrito cinco libros previos, *Lecciones Aprendidas de Años en la Educación en Casa*, *La Vida de la Educación en Casa*, *La Familia Bíblica Fideicomisaria*, *Mujer de la Casa* y *Enséñame Mientras que Mi Corazón es Tierno*, que es su primer libro en esta serie de lecturas en voz alta.

Andrea dedica mucho de su tiempo y energía a escribir y enseñar la filosofía cristiana de la educación y trabaja tanto con escuelas Cristianas como con padres de la educación en casa, como asesora y mentora.

Andrea vive en California con su esposo de 37 años. Ella está disponible para dar pláticas, consultorías o mentorías individuales y puede ser contactada en

WordsFromAndrea@gmail.com.

Acerca del Ilustrador

Tara Sturlaugson es originaria de Dakota del Sur y una madre que enseñaba en casa a tres. Junto con un amor por el arte, ella disfruta de cantar y dirigir los coros de la iglesia. Actualmente vive en San José, California con su esposo, Adam y sus hijos Lydia, Geneva y Levi.